

La cuestión bibliotecaria en la Argentina

por Josefa Emilia Sabor

Ex directora del Centro de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Nota

Este trabajo fue escrito por la profesora Josefa Sabor en idioma español especialmente para la revista *Third World Libraries* (ISSN 1052-3049) que edita la Graduate School of Library and Information Sciences, del Rosary College (hoy Dominican University), Estados Unidos, donde fue traducido al inglés y publicado en el volumen 3, no. 1 (otoño 1992).

La REVISTA ARGENTINA DE BIBLIOTECOLOGÍA solicitó a la profesora Sabor su autorización para incluir aquí dicho artículo, ya que estimaba que su lectura aún podía resultar de interés para los colegas. Escrito hace seis años, algunas de las realidades que se describen han cambiado, a la vez que surgieron otras, promisorias. Las referencias históricas se explican por el hecho de que fue escrito, en su momento, para un público internacional.

El director de aquella revista —la cual actualmente se denomina *World Libraries*, ISSN 1092-7441— autorizó por escrito a la REVISTA ARGENTINA DE BIBLIOTECOLOGÍA a publicar dicho artículo, el cual reproducimos en su versión original.

Palabras claves

Bibliotecología; Argentina.

Note

This paper was written in Spanish by Professor Josefa Sabor at special request of *Third World Libraries* journal (ISSN 1052-3049), published by Rosary College (today Dominican University) Graduate School of Library

and Information Sciences, River Forest, Illinois, USA. It was translated into English and published in vol. 3 no. 1 (Fall 1992).

Considering that it could still be of interest for librarians, the editor of REVISTA ARGENTINA DE BIBLIOTECOLOGÍA asked Professor Sabor permission for including her article in this journal. Written six years ago, some of the realities described in it have changed, while other promising ones have emerged.

The editor of *Third World Libraries*, now called *World Libraries* (ISSN 1092-7441), has given written authorization for publishing this article, appearing here for the first time in Spanish.

Keywords

Librarianship; Argentina.

Intentar realizar una apreciación de los problemas que afligen hoy a la bibliotecología argentina es una tarea ardua por varias razones, la primera de las cuales es la falta de elementos informativos que permitan un estudio y por ende un conocimiento lo más exacto posible de la realidad bibliotecaria nacional. Esto se debe principalmente a que no se ha afrontado la reunión sistemática de los datos relacionados con las bibliotecas, dependen éstas de organismos de gobierno o de entidades privadas. No hay estadísticas numerosas ni fiables —que a menudo no se publican y aún más, no se compilan—, memorias, reseñas ni síntesis históricas suficientes. Por otra parte, cuando estos documentos existen, muy raramente sus autores asumen una actitud crítica: son me-

ramente informativos, no engarzan la institución o el problema en un cuadro general, no hacen proyecciones para el futuro.

No existe hoy en la Argentina una literatura bibliotecológica original, y salvo algunos boletines informativos, no se cuenta siquiera con una revista de alcance nacional y de cierta envergadura, que sea el reflejo del pensamiento bibliotecario argentino. La situación es sorprendente, porque en años anteriores todo eso existió en alguna medida, al calor de un resurgimiento que mostró a la bibliotecología argentina decidida a abandonar moldes tradicionales, ya en franca decadencia.

Es necesario hacer aquí una advertencia importante: las bibliotecas argentinas pertenecen en su gran mayoría a organismos del Estado. Son pocas, proporcionalmente, las de órbita privada, y en cuanto a las escuelas de bibliotecarios, una buena parte son oficiales. Esto coloca en manos del gobierno — federal, provincial o municipal— un enorme porcentaje de la responsabilidad en el mejoramiento y progreso de esas bibliotecas y esas escuelas, y lanza sobre los hombros de funcionarios y políticos una carga muy pesada, tanto económica como cultural. Desde ya se puede decir que los gobiernos argentinos del presente siglo no han estado a la altura de esas exigencias.

El pasado argentino es modesto, tanto en la época de la dominación española como en la primera mitad del siglo XIX. El Virreinato del Río de la Plata tuvo recursos económicos limitados, si se lo compara con los de México y Perú, y también fue mucho menos importante su vida cultural. No es que no hubiera libros, pero éstos se hallaban en manos de particulares, de órdenes conventuales y de colegios religiosos. La expulsión de los jesuitas en 1767 de toda América, fue un golpe de consecuencias culturales funestas, y el reparto de los bienes que los religiosos se vieron obligados a abandonar precipitadamente, se hizo en forma improvisada, dañando de manera irreparable, entre otras cosas, sus bibliotecas. En 1810, al establecerse el primer gobierno patrio, uno de los cuidados de

éste fue crear una Biblioteca Pública en la ciudad de Buenos Aires, que se convertiría posteriormente en la Biblioteca Nacional de la República, y que arrastraría hasta bien entrado el siglo, una vida tan modesta como silenciosa.

Como contraparte, los coleccionistas privados fueron numerosos y notables en el país, y ello explica la importancia que las librerías adquirieron ya en la primera mitad del siglo XIX, la notoria riqueza de muchas colecciones y la permanente importación de obras, especialmente europeas. La primera dictadura que sufrió el país, la de Juan Manuel de Rosas, ahogó en gran medida las manifestaciones educativas y culturales, y favoreció por oposición esta pasión coleccionista, que tendría exponentes tan notables como el canónigo Saturnino Segurola y el intelectual napolitano Pedro de Angelis, quienes lograron reunir las dos bibliotecas más importantes de la época, en las cuales los libros convivieron con manuscritos de notable valor.

La caída del dictador en 1852 provocó una verdadera explosión educativa y cultural, en cuyo centro se coloca la enorme figura de Domingo Faustino Sarmiento, que regresó al país después de largos años de exilio, empapado de ideas nuevas. Designado representante de la Argentina ante el gobierno de los Estados Unidos, conoce y estudia allí su realidad educacional y bibliotecaria, que lo deslumbra, y desde los cargos que desempeña más adelante en su patria, entre ellos el de Presidente de la República, luchará incansablemente por el establecimiento de bibliotecas a todo lo largo de la nación. A Sarmiento no le interesa la biblioteca de coleccionista. Obsesivamente preocupado por arrancar a las masas del analfabetismo, pensó que las escuelas y bibliotecas eran los dos extremos de una sola parábola, y luchó con un fervor sin paralelo antes y después en la historia de la nación, por concretar sus ideales. El progreso de la biblioteca pública bajo la especie de biblioteca popular, será un objetivo de su lucha, y por cierto uno de los más requeridos para él. Su avance arrollador y por momentos desordenado, dotará a

la Argentina del primer sistema bibliotecario de su historia. A su alrededor los diferentes tipos de biblioteca se multiplican, y la segunda mitad del siglo XIX puede enorgullecerse tanto de las nuevas fundaciones del Estado como de la riqueza de las colecciones privadas. La Biblioteca Nacional acompañará ese movimiento de renovación que culminará en 1885 con el nombramiento como director de Paul Groussac —eminente polígrafo de origen francés— quien, durante cuarenta y un años, ejerció brillantemente su cargo, enriqueció sus colecciones y proporcionó a la Biblioteca su primera organización técnica.

En la misma época en que se producían estas conquistas bibliotecarias, la Argentina veía surgir —como ocurría al mismo tiempo en otros países de América Latina— a un grupo de bibliógrafos de gran valor y que producirían obras de volumen y calidad no superadas en la historia de la bibliografía argentina. Así el general Bartolomé Mitre, los hermanos Navarro Viola y Antonio Zinny, entre otros, realizaron una tarea tanto científica como artesanal de primera categoría, y acompañaron el resurgimiento y la reorganización de las bibliotecas, en un proceso que no hubiera debido detenerse nunca. No fue así, y esas dos vertientes del conocimiento y uso del libro fueron perdiendo su fuerza a lo largo de la primera mitad del siglo XX. El entusiasmo inicial no había disminuido, las bibliotecas seguían creciendo en número y en fondos y aparecían nuevos y eficientes bibliógrafos, en especial en el campo de la historia. También se hacían presentes los primeros intentos de enseñanza académica de la bibliotecología, y se publicaban las primeras obras escritas en el país sobre organización bibliotecaria. Pero precisamente la magnitud del problema, que en pocos años se había vuelto frondoso y complejo, hubiera exigido una acción ordenadora en primer lugar, y reestructuradora en segunda instancia, que no llegó a su debido tiempo.

Así habían empezado a languidecer no pocas bibliotecas argentinas, cuando en la década de 1940 se produjo un resurgimiento que mostró a la bibliotecología argentina

decidida a abandonar sus moldes tradicionales. El movimiento, que años después se extendería a provincias tales como Mendoza, Chaco y Tucumán, y que alcanzó rápidamente a ciudades como La Plata, tuvo su foco inicial en Buenos Aires.

Un grupo de bibliotecarios prestigiosos, pero a menudo ajenos a las exigencias técnicas de la profesión, abandonaron por ese entonces y por razones de edad, no pocos de los cargos relevantes, y dejaron el campo a profesionales jóvenes, que trabajaron con ahínco por algunos años y llegaron a fundar las bases de lo que podría haber sido el definitivo renacer de la bibliotecología argentina. Pero un haz de circunstancias históricas frenó ese movimiento.

En 1916, la Argentina vio acceder al poder su primer gobierno de origen popular, nacido de elecciones libres. Varias eran las razones que explicaban ese hecho: el agotamiento de la clase dirigente tradicional, que había dado al país en épocas anteriores gobernantes de notable calidad; el peso de la masa de inmigrantes europeos y sus primeros descendientes, que habían aportado, además de su trabajo y su sacrificio, ideas revolucionarias para el medio y las primeras organizaciones de trabajadores; la promulgación de la ley que instauraba el voto obligatorio y secreto; en fin, el nacimiento de un partido de raíz popular que aspiraba a ser el portavoz de los más desposeídos y que pudo imponer en las elecciones a su carismático conductor, Hipólito Yrigoyen.

Pero la contraparte de este triunfo democrático estuvo representada por un hecho innegable: desde 1916 el populismo se adueñaría de no pocos tramos de la historia argentina. Sus gobiernos serían derrocados en varias oportunidades, y a partir de 1930, por golpes militares, los cuales, a su vez, terminarían, agotadas sus posibilidades, por devolverlo a civiles elegidos democráticamente, populistas o no. El país iniciaría así, sobre todo a partir de 1928, un período de degradación de su situación social y económica, interrumpido a veces por breves períodos de bonanza, que no lograron revertir su deca-

dencia. Lo que interesa subrayar aquí es que, a medida que los años pasaban y se deterioraba la situación económica, los gobiernos fueron mostrando un interés cada vez más limitado por el mejoramiento educativo y cul-tural, incluyendo en ello a las bibliotecas.

En tanto, el movimiento de la década del 40 intentaba, por su parte, revalorizar la bibliotecología y atraer la atención de las autoridades sobre un problema cuya solución sólo ellas podían impulsar. Pensaron que el primer paso a dar era abrir otros horizontes a la profesión, insuflarle aire nuevo, y comenzaron por actualizarla técnicamente, incorporando la bibliotecología argentina a la escuela angloamericana de catalogación, aplicando sistemas modernos de clasificación, ayudando a crear instituciones como el Instituto Bibliotecológico de la Universidad de Buenos Aires y, sobre todo, reformando una enseñanza bibliotecaria que se apoyaba, en buena parte, en concepciones finiseculares.

En medio de este impulso y del entusiasmo que despertaba en no pocos bibliotecarios, hizo su aparición en la vida argentina el peronismo. Este movimiento populista fue duramente enfrentado por los sectores de la educación y la cultura, que rechazaban sus principios totalitarios, y en muy poco tiempo la desinteligencia entre gobierno e intelectualidad fue insalvable y violenta. En 1946 ya se había producido un verdadero desastre cultural, con la salida de las universidades, y a menudo del país, de muchas de las principales figuras de la enseñanza y de las actividades en los campos científico y cultural, a las que se sumarían las del medio artístico. Lo bibliotecario fue también afectado. No es que no se pudiera seguir trabajando en las bibliotecas, y también hay que decir que hubo ayudas en ese campo, pero ninguna medida respondió a un plan de ordenación general, sino a motivos directamente vinculados con las orientaciones ideológicas y los intereses políticos del momento. Que a veces resultaran felices para las bibliotecas, como en la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), no cambia la realidad del cuadro, sino que sirve para señalar un caso de excepción: excepción en el interés del

gobierno por actuar con éxito en un campo que estimaba como trascendental estratégicamente, y al servicio del cual puso ingentes sumas; calidad del personal científico de la institución; capacidad de la bibliotecaria y del personal profesional que fundó y organizó la biblioteca, disponiendo de todo tipo de recursos. Pero esa suma de excelencias no fue una norma, y las razones políticas no pesaron en igual medida en otros casos, en los que el interés estratégico y extrabibliotecario no existió.

El movimiento revolucionario de 1955 que depuso a Juan Domingo Perón y dio fin a su dictadura, abrió perspectivas de recuperación en muchos aspectos educativos y culturales, pero ellos no alcanzaron al campo bibliotecario.

Al amparo de la libertad de pensamiento y de acción que aseguraba el nuevo gobierno, resurgió la actividad educativa y cultural, en algunos casos en forma espectacular, como ocurrió con las universidades. En la euforia que envolvió a muchos, mejoraron algunas bibliotecas, pero dependiendo casi siempre de actitudes individuales y de esfuerzos personales, de viejos entusiasmos renacidos. Los grupos que en la década del 40 habían iniciado la renovación de la bibliotecología argentina no se reconstituirían ya sobre las mismas bases. Se habían dislocado, y la profunda herida dejada por la experiencia peronista que dividió a los argentinos en forma inexorable por muchos años, no facilitó el acercamiento ni la comprensión entre los colegas, y hasta las asociaciones de bibliotecarios debieron pagar por mucho tiempo el precio de un origen o de una conducción teñida con el signo político que había dominado al país por tanto tiempo.

Los bibliotecarios optaron por actuar una vez más individualmente, sin comprender que las pasiones que los habían dividido eran para la bibliotecología algo así como un seguro de esterilidad. Y prefirieron cultivar su propio huerto antes de coordinar un movimiento ante los nuevos gobiernos, que los obligase a escuchar sus demandas y a construir en el país una estructura bibliotecaria válida. Nadie podría hoy, con justicia, enros-

trárselo. Había tanto que hacer, tantos años perdidos por recuperar, tantas bibliotecas que mejorar y actualizar, que la magnitud del esfuerzo impidió medir la magnitud de lo que no se intentaba. Faltó, en realidad, un liderazgo profesional, con autoridad y peso suficientes para peticionar ante los poderes públicos y sensibilizarlos ante el problema. Y la situación se agravó cuando el gobierno militar que triunfó en 1955, designó como director de la Biblioteca Nacional a Jorge Luis Borges, en un acto reparador por las injusticias que el escritor había sufrido en años anteriores. Este desafortunado nombramiento lo fue por dos razones: porque Borges estaba impedido, por distintos motivos, para ejercer esa dirección, y porque el gobierno no fue capaz —ya que deseaba honrarlo de manera tan curiosa— de crear a su alrededor el reaseguro que hubiera consistido en rodearlo de un grupo eficaz y numeroso de profesionales probados. El largo gobierno de Borges, que permaneció dieciocho años al frente de una Biblioteca que le inspiró espléndidos poemas, impidió que la institución se convirtiera en un foco irradiante, que podría haber sido el cerebro y el promotor de la gran transformación bibliotecaria que necesitaba el país.

Fue entonces cuando algunas escuelas de bibliotecarios —concretamente, universitarias— iniciaron su propio período de liderazgo, en un esfuerzo por llenar aquel vacío, fenómeno que también se ha dado en otros países latinoamericanos. La renovación de sus planes, la introducción en sus programas de las innovaciones técnicas que llegaban de los países más desarrollados, el mejoramiento de su profesorado, las crecientes exigencias para el ingreso, la incorporación de la licenciatura y en algún caso del doctorado, se fueron dando sin pausa, apoyadas en algunas conquistas que venían ya de la década del 40. El resultado fue titular a un grupo de profesionales muy versátiles, con una formación ecléctica, que se adaptaron fácilmente a todos los tipos de bibliotecas. Pero los índices de ingreso, notoriamente bajos, probaron que, al no producirse la organización bibliotecaria en gran esca-

la, no se lograba jerarquizar la profesión ni cultural, ni social, ni económicamente. Fuera de discusión quedaba la capacidad de esos profesionales, bien dotados, activos y de una adhesión emocionante a sus bibliotecas, capaces de sacrificios y renunciamentos con tal de defenderlas y servir las. Pero eso no bastó. Algo había fallado en la formación profesional. Quizá los planes —que en ninguna escuela argentina son de posgrado— debieron poner mayor acento en la formación cultural; quizá no se llegó a poner de relieve con suficiente fuerza los verdaderos objetivos de la profesión; quizá se olvidó considerar en profundidad el compromiso social de la acción bibliotecaria y la indiscutible unión del usuario y del servicio. Lo cierto es que no pocos bibliotecarios muestran hoy una actitud casi desdeñosa hacia su profesión, y su interés por las remuneraciones es mucho más agudo que por su perfeccionamiento. Y se podría arriesgar que la falta de conciencia bibliotecaria, que en la Argentina comienza en sus autoridades y atraviesa todas las capas sociales, envuelve también a no pocos bibliotecarios.

Sean cuales fueren las razones —las enunciadas y posiblemente algunas otras— lo cierto es que en la Argentina no se ha logrado consolidar un pensamiento bibliotecario trascendente, con proyecciones sobre la vida cultural del país. Quizás a ello se deba lo limitado de la producción escrita por esos bibliotecarios, y así se explica que no se haya podido sostener en la Argentina ni series bibliotecológicas en sus editoriales comerciales, ni una revista profesional de jerarquía. Las que existieron en otros años han desaparecido, y no es posible achacar su muerte sólo a la razón económica: lo cierto es que parecería que los bibliotecarios no tienen tiempo ni interés en detenerse a meditar sobre su profesión. Desde 1984 el silencio es casi total o roto solamente por unas pocas publicaciones, a menudo circunstanciales. Pero no se manifiesta en forma escrita un robusto pensamiento bibliotecario argentino.

Se ha producido, pues, a través de estos años, un proceso de devaluación profesional

que no han logrado detener los esfuerzos personales de los bibliotecarios, seriamente dañados además por una incomunicación notoria, a la que contribuyen el característico individualismo de los argentinos y la resistencia al trabajo en equipo, la gran extensión del país y lo costoso de los desplazamientos. Aun se realiza todos los años una Reunión Nacional de Bibliotecarios, cada vez más difícil de celebrar fuera de Buenos Aires, también por razones económicas, y a la que los profesionales del interior se acercan en número cada vez menor por el mismo motivo.

El declinar económico de la nación, que no pudo frenar el movimiento de 1955, continuó en forma inexorable, con algunos momentos —pocos— de respiro. El retorno de los gobiernos populistas y su alternancia con otros militares de facto no ayudaron nada: la educación y la cultura no fueron ni son prioridad para ellos. Las declaraciones de los políticos, así como las promesas de los gobernantes, no pueden disimular la realidad de su deterioro en la Argentina. Es cierto que el gobierno nacional y algunas provincias han elevado en los últimos tiempos los porcentajes dedicados a educación, pero aparte de que es muy discutible la forma en que esas sumas son distribuidas en el abanico total de posibilidades, las destinadas a bibliotecas son insuficientes en grado sumo, como lo son también dentro de las instituciones que tienen relativa independencia para manejar sus propios fondos, *verbi gratia* las universidades.

A partir de 1983, la situación económica se precipitó en forma alarmante y angustiada. Las bibliotecas, por las cuales poco se había hecho en tan largos años, han llegado así al presente con problemas de una gravedad evidente. Sus fondos envejecen en forma inexorable, las suscripciones a las publicaciones periódicas, heridas ya en su integridad, son difíciles de mantener. Por su parte, muchas escuelas de bibliotecarios muestran fallas en sus planes y programas, en su organización y en el nivel de su profesorado, y algunas luchan con una matrícula mínima. Además no es fácil lograr un perfeccionamiento profesional en el país, y casi imposible en el exterior.

Los edificios de bibliotecas, obsoletos en muchos casos, no pueden ser reciclados ni reconstruidos nuevamente por falta de dinero, con pocas excepciones, entre ellas el de la Biblioteca Nacional, el cual, diseñado hace más de veinte años, está próximo a su terminación. Y por fin las asociaciones profesionales necesitan ser arrancadas de una actividad limitada y languideciente, y vincularse entre sí de una manera más estrecha.

En medio de tantas falencias, angustias y problemas, la computación y sus recursos conexos han irrumpido en la bibliotecología argentina hace ya unos años. Y lo han hecho con no poco empuje. Lamentablemente, abundan los bibliotecarios que, quizás sin una sólida preparación de base, se han dejado arrastrar por un entusiasmo sin discriminación, un afán de alcanzar mejores posiciones o un nivel intelectual que, en su curioso enfoque, estiman como superior. En fin, una actitud frívola ante un hecho tan serio. Por la necesidad de convivir con profesionales de otras extracciones, mucho más avezados en el tema que los propios bibliotecarios; por la exigencia de una preparación especial y una infatigable actualización de los conocimientos en esas nuevas técnicas; por las grandes sumas de dinero que insumen estos nuevos medios y en fin por el impacto que provocan en las bibliotecas el uso de la computación y en general de las nuevas tecnologías, exigen un saber y una medida que no siempre están presentes en el momento de aplicarlas. Por otra parte, al deslizarse por la peligrosa pendiente que va reduciendo lo bibliotecario al solo manejo automatizado de la información, mutilando así el generoso concepto de bibliotecología, se deja de poner cada vez más el interés y el acento en el contenido de las obras, amenazando la eficiencia de los servicios, llegando a empobrecer o a distorsionar la tarea bibliotecaria. Se insiste en que es necesario que los planes de estudio de las escuelas de bibliotecarios incluyan conocimientos de computación, lo cual es verdadero. Se piensa que con ello esas escuelas quedarán modernizadas y, como por un milagro, lanzarán graduados dotados de todos los conocimientos que reclamamos

nocimientos que reclamamos para ellos. Pero ¿no es más importante que eso insistir en la necesidad de producir varias generaciones de bibliotecarios habilitados para pensar más que para hacer, para decidir sabiamente cuándo y cómo conviene actuar, dónde y por qué utilizar las viejas y las nuevas herramientas? Mucho más debería preocupar la solidez del razonamiento, la capacidad de juicio y el desarrollo de la inventiva, que la posibilidad de utilización de un medio sin considerar en su verdadera dimensión las implicaciones de su necesidad real.

Las opiniones que anteceden no invalidan, a pesar de su tono algo escéptico, el reconocimiento de notorios hechos positivos que se observan en la Argentina. El primero de ellos es la irrupción de las provincias, cada vez más evidente y con más fuerza, en el campo bibliotecario. No es que estuvieran ausentes de él, pero por muchos años Buenos Aires, capital de la República, y La Plata, capital de una de las más importantes provincias, la de Buenos Aires, parecían irradiar una corriente saludable que llegaba al interior y alentaba a los profesionales alejados de esos centros a seguir sobre las huellas que ellas trazaban. Pero con el correr de los años, y a medida que los viejos grupos de la Capital Federal se desarticulaban o no se integraban otros nuevos, las provincias, en general, intentaron caminos propios, que en algunos casos han alcanzado o prometen resultados promisorios. Valga como ejemplo la sanción, en este mes de setiembre de 1991, de la nueva ley de integración y desarrollo de un sistema provincial de bibliotecas públicas de la provincia de Corrientes, que prevé además la posibilidad de su ampliación a todo otro tipo de bibliotecas y centros de documentación e información.

En segundo lugar, la reconstitución de algunos organismos que en los últimos años habían sufrido notorios eclipses y reducido sus actividades a niveles mínimos. Es el caso del Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT), dependiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que

ofrece servicios de consulta a bases de datos y de información bibliográfica, entre otros, y ha iniciado la publicación de un resumen de contenidos.

También es digno de señalarse el aumento de interés por la investigación bibliotecaria y bibliográfica, como lo atestiguan las actividades del Centro de Investigaciones Bibliotecológicas (CIB) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, instituto pionero en el país, el Centro Bibliográfico de la Universidad Nacional de Cuyo y el Centro de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional de Mar del Plata, todos ellos editores de publicaciones estimables.

El aumento del número de escuelas de bibliotecarios en el país también es un hecho auspicioso. En 1922 se fundó la primera y en la actualidad funcionan ya veintisiete. Pero debe señalarse la debilidad de algunas de ellas y la necesidad de replantear sus planes y modernizar sus técnicas de enseñanza, tarea en la que algunas están empeñadas.

La organización de las unidades de información en redes y sistemas nacionales es una de las actividades más dinámicas dentro de la profesión. Se puede señalar ya más de una decena, aunque la excelencia de su organización, el real valor del servicio que prestan y su proyección admiten grados muy distintos, que van del mundo de la fantasía a una eficiencia verdadera.

También es un hecho auspicioso que desde enero de 1990 se publique con regularidad *GREBYD/noticias*, boletín del Grupo de Estudios en Bibliotecología y Documentación, con sede en Buenos Aires. Es una revista de resúmenes de artículos y libros de la especialidad y un registro de informaciones de interés en el área. Aspira además a crear un vínculo más de trabajo entre los especialistas.

Pero todos estos logros, y otros más, con ser meritorios y esforzados, no se conjugan dentro de un cuadro total de actividades bibliotecológicas. El país se sigue resintiendo por la falta de un plan en que todas ellas se engarzen y no sean como un manojito de cin-

tas dejadas caer al descuido sobre una mesa. Esa situación es ahora aun más lamentable, porque el país ensaya en estos momentos un nuevo plan económico, que persigue una mayor producción de bienes en una nueva estabilidad. Si eso se lograra, las posibilidades de mejorar la situación de las bibliotecas crecerían notablemente. Y en ese caso, ¿qué programa se puede ofrecer al gobierno para evitar que se extravíe, de la mano de los logreros y los improvisados de siempre?

Parece necesario que un grupo interdisciplinario de profesionales calificados afronte ya la realización de un estudio profundo de los distintos aspectos de la situación bibliotecaria del país, y planee las investigaciones indispensables que deban llevarse adelante para conocer la realidad. Es ésta una tarea de intelectuales, de gentes de pensamiento, que difunda sus conclusiones en conferencias, en artículos de publicaciones periódicas y en ensayos, en un trabajo paciente que concientice primero a la profesión, después a los intelectuales y educadores, a los gobiernos y por fin a las gentes. Una acción que vaya de

abajo hacia arriba es impensable. La adquisición de una conciencia bibliotecaria por un pueblo que no tiene el hábito de usar las bibliotecas no es posible si antes no se han sensibilizado quienes tienen la obligación de saber y sentir hasta qué extremos es acuciante el problema de la lectura, del estudio, de la consulta, de la información, de la investigación, y, por ende, del alto valor estratégico de esas actividades. Y si el Estado es quien tiene sobre sí, por fatalidad de nuestra organización política, educativa y cultural, la responsabilidad mayor en el sistema bibliotecario argentino, es hora de que la asuma. Las bibliotecas no son moneda de cambio que se utilice para la propaganda política. Son una de las expresiones más importantes de la cultura de una nación, uno de los barómetros que miden, desde su excelencia o su fracaso, la calidad de las actividades superiores de la inteligencia. Que los bibliotecarios no se decidan a asumir, como grupo cultural, las responsabilidades que les son propias, es una afrenta para las escuelas que los formaron y para la profesión toda. Hoy están mejor dotados, mejor armados que en otras épocas para hacer un alto, volver atrás su vista, aquilatar el valor de la obra de los que los precedieron, plantear el problema bibliotecario argentino en toda su crudeza y ofrecer a los gobernantes la posibilidad de una solución que frene la decadencia de buena parte de nuestra profesión, que es también una de las formas de la decadencia argentina.

Buenos Aires, septiembre de 1991.